

# Piratas



Adlbembow Doe



Eran seres derrotados por la fortuna, que habían acumulado grandes dosis de amargura y deseos de venganza contra su suerte maldita.

Unos habían sufrido castigo por intentar conseguir lo necesario, otros habían perdido a toda su familia por enfermedades cuya curación no podían pagar, la mayoría no conocía otra forma de vida más que aquella, miserable, ni siquiera podían imaginar otra. Pero a pesar de la benevolencia que puedan inspirar sus circunstancias, eran seres sanguinarios y malvados, hundidos en el vicio y el crimen como forma de vida, sin la más mínima compasión por sus víctimas. Bucaneros, boca-negros, de negra boca, a causa de masticar tabaco, la carne ahumada, la sífilis y el escorbuto.

Dominaron y aterrorizaron en rutas comerciales y países costeros, durante décadas, aumentando su número, al mismo tiempo que su fortuna y el miedo que les tenían los estados que sufrían su amenaza.

El miedo y la inseguridad que provocaban desencadenó una reacción sin precedentes y pasaron a convertirse virtualmente en un ejército disgregado combatido por todos los gobiernos hasta su casi erradicación de mares y costas.

La mayoría sucumbieron por enfermedad o heridas, esto es conocido históricamente, pero algunos se dieron cuenta a tiempo de que era una guerra perdida y era necesario cambiar los métodos para continuar con su carrera de latrocinio y venganza.

Así fue como dejaron de navegar los mares en busca de presas y se establecieron en costas, creando tugurios de depravación y vicio muy provechosos económicamente donde se traficaba con todo, mercancías, seres, bestias o crímenes por encargo.

Fue tal el éxito de estos detestables negocios que alguno consiguió acumular importantes fortunas, pero como suele ocurrir, los gobernantes empezaron a percatarse de sus actividades, más de su éxito económico que de la forma en que lo conseguían y empezaron a investigar, presionar e imponer normas y aranceles.

El negocio no era tan sustancioso si había que repartir y a algún avispado se le ocurrió que la mejor manera de evitarlo era revestir el negocio de respetabilidad para mantenerse a cubierto de cualquier injerencia desmedida por parte de los gobernantes. Lo importante era mantener los beneficios.

Dicho y hecho, poco a poco surgieron por doquier establecimientos de cambio, préstamo y financiación en los que se prestaba dinero con unos intereses tales que condenaban por vida a los incautos o desesperadamente necesitados que allí acudían.





Las consecuencias de no pagar a tiempo eran terribles. La mutilación o la muerte, solían ser argumentos disuasorios. Pero lo peor era la refinanciación ya que no sólo condenaba la vida de la víctima, sino en ocasiones a sus descendientes, forzándolos a una vida de miseria sobrevinida por la mala fortuna de sus progenitores.

Sin embargo, el cruel negocio se basaba en los necesitados y su número crecía o disminuía en función de los vaivenes de la economía local o nacional. Que crecieran era beneficioso, pero que disminuyeran era desastroso. Esto no era suficiente.

De manera que a alguno de estos desalmados piratas, demudados en prestamistas, se le ocurrió que debían extender su negocio a todos los habitantes creando obligación a través del deseo. Fue entonces cuando surgió la brillante idea de las compras a plazos. Cualquiera podía tener lo que deseara por una cantidad mensual (incluidos intereses) asumible, pero esclavizante.

Fue tal el éxito de esta iniciativa, que estos desalmados seres, que no conocían límite en su odio y desprecio por sus semejantes, llegaron a conseguir enormes fortunas, lo que les dio acceso a codearse con los más favorecidos por la suerte, gobernantes, terratenientes, empresarios y próceres de la iglesia. Eran tratados, por primera vez, de iguales por los poderes de las naciones, ellos que habían sido perseguidos y denostados, temidos y casi exterminados, podían ahora amenazar a los que les amenazaban, podían por fin vengarse sin consecuencias.

Y lo hicieron. Inventaron nuevos productos leoninos, como las hipotecas y los gastos de comisión, las cuotas de mantenimiento y las inversiones a corto, los préstamos personales y las tarjetas de crédito. Trampas en las que caía la gente ingenua que abrumados por el brillo social de estos desalmados y la magnificencia de sus edificios y recursos, confiaban en un trato justo y equitativo que siempre era defraudado.

Y consiguieron trasmutar los conceptos y alterar los criterios. Sus barcos son ahora oficinas. Sus andanadas hacen temblar a estados. Sus rehenes son innumerables. Algo queda de su jerga bucanera, transformada en lenguaje técnico. Hablan de **abordar** nuevos mercados, primas de **rescate**, **ejecución** de hipotecas, **lanzamiento** de desahucios y **recargar** por demora. Sus antiguos puertos francos, son ahora paraísos fiscales. Sus dientes son claros pero su boca sigue negra, negra de promesas incumplidas, oscuros propósitos, tenebrosos contratos.

Ya casi nadie los llama piratas. Algunos los agasajan y premian. Muchos dicen que son imprescindibles. Todos dependemos de ellos. Hasta el fin de nuestros días, abonados mensualmente, por supuesto.





*Sir Henry Morgan*

